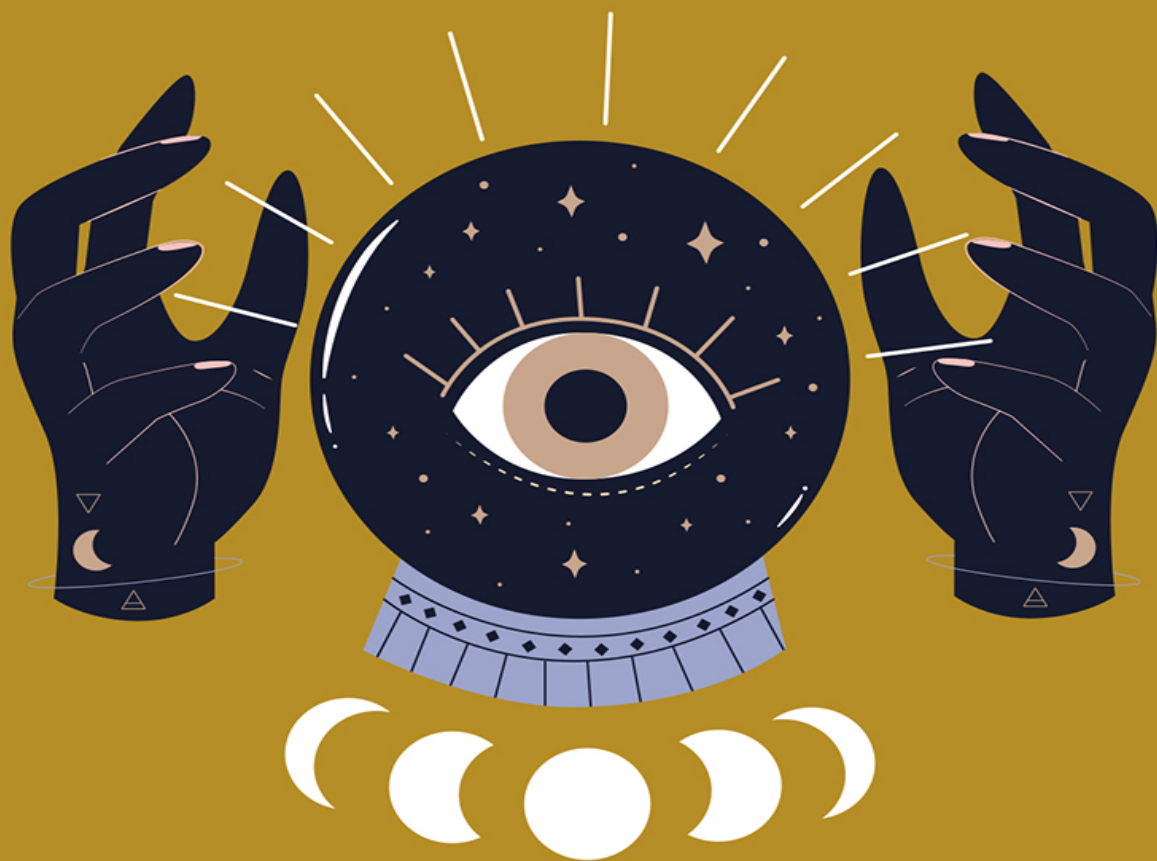


EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

Principios de la
doctrina espiritista



Allan Kardec

 Plutón
Ediciones

Colección
Nueva Era

EL LIBRO DE
LOS ESPÍRITUS

ALLAN KARDEC

TRADUCTOR: BENJAMIN BRIGGENT

 **Plutón**
Ediciones

© Plutón Ediciones X, s. l., 2022

Diseño de cubierta y maquetación: Saul Rojas

Edita: Plutón Ediciones X, s. l.,

E-mail: contacto@plutonediciones.com

<http://www.plutonediciones.com>

Impreso en España / Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

I.S.B.N: 978-84-19087-60-7

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPIRITISTA

I

Hacen falta nuevas palabras para las cosas nuevas, según lo requiere la claridad en el lenguaje, con el objetivo de evitar la confusión inherente al sentido múltiple dado a los mismos términos. Las palabras espiritual, espiritualista y espiritualismo tienen una acepción bien caracterizada, y darles una nueva, para aplicarla a la doctrina de los espíritus, sería como multiplicar las causas de doble sentido, que son ya numerosas. En efecto, el espiritualismo es el concepto opuesto al materialismo, y todo el que piensa que tiene en sí mismo algo más que materia es espiritualista, pero esto no significa que crea en la existencia de los espíritus o en sus comunicaciones con el mundo que podemos ver. En vez de las palabras espiritualista y espiritualismo, emplearemos para designar esta última creencia las de espiritista y Espiritismo, cuya forma recuerda su origen y su significación radical, y tiene la ventaja de ser perfectamente inteligible, y reservamos a la palabra espiritualismo la acepción que le es propia. Diremos, pues, que la doctrina espiritista o el Espiritismo tiene como principios las relaciones del mundo material con los espíritus o seres del mundo invisible. Los seguidores del Espiritismo serán, entonces, los espiritas o los espiritistas.

El Libro de los Espíritus reúne, como especialidad, la doctrina espiritista, y como generalidad se asocia a la doctrina espiritualista, presentando una de sus fases. Por esta razón se ve en la cabecera de su título la frase Filosofía espiritualista.

II

Hay otro término sobre el cual resulta de igual importancia que nos entendamos, porque es una de las llaves maestras de toda doctrina moral y porque también ocasiona diversas controversias por carecer de una acepción clara. Es el término alma. La variedad de opiniones sobre la naturaleza del alma se origina en la aplicación que cada uno hace de esta palabra. Si existiera un idioma perfecto, en el que cada idea estuviese

representada por una palabra en particular, se evitarían muchas discusiones, y con un término específico para cada cosa, todos podríamos entendernos por igual.

Para algunos, el alma es el principio de la vida material orgánica, no tiene existencia propia y cesa al acabarse la vida. Así la concibe el materialismo puro. En este sentido, y por comparación, los materialistas alegan que no tiene alma el instrumento que, por estar rajado, no suena. De acuerdo con esta hipótesis, el alma sería efecto y no causa.

Otros piensan que el alma es el inicio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe un fragmento. Según estos, el universo entero tiene una única alma que distribuye partículas a los diversos seres inteligentes durante la vida y estas partículas vuelven, después de la muerte, al origen común donde se confunden con el todo, como los arroyos y ríos vuelven al mar de donde nacieron. Difiere esta opinión de la anterior en que, en la hipótesis que tratamos, existe en nosotros algo más que materia y algo permanece después de la muerte; pero casi es como si nada sobreviviese porque, una vez que desaparece la individualidad, no tendríamos conciencia de nosotros mismos. En este sentido, el alma universal sería Dios, y todo ser una parte de la Divinidad. Este sistema es una de las variaciones del panteísmo.

Otras opiniones plantean que el alma es un ser moral, distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad después de la muerte. Esta teoría es, sin contradicción, la más generalizada; ya que independiente del nombre que se le dé, la idea de este ser que sobrevive al cuerpo se encuentra en estado de creencia instintiva e independiente de toda enseñanza, en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilización. Esta doctrina, según la cual el alma es causa y no efecto, es la de los espiritualistas.

Sin entrar en debate sobre el mérito de estas opiniones, y concentrándonos únicamente en la cuestión lingüística, se puede decir que estos tres usos de la palabra alma representan tres ideas distintas, para cada una de las cuales sería necesario un término especial. La palabra que nos ocupa tiene, pues, una triple acepción, y los partidarios de los sistemas nombrados anteriormente tienen razón en las definiciones que dan de ella, tomando en cuenta el punto de vista del que parten. La confusión recae, entonces, en el lenguaje, que tiene una sola palabra para expresar tres ideas

diferentes. Para evitar las anfibologías, sería necesario concretar la palabra alma a una sola de estas ideas, y siendo el objetivo principal que nos entendamos perfectamente, la elección da igual, dado que este es punto de mera convención. Lo más lógico sería usarla en su acepción más vulgar, y por esto llamamos *alma al ser inmaterial e individual que reside en nosotros y sobrevive al cuerpo*. Incluso si este ser no existiera, aunque fuese producto de la imaginación, igualmente sería necesario un término que lo representara.

A falta de una palabra en particular para nombrar cada una de las otras dos acepciones, llamamos:

Principio vital al principio de la vida material y orgánica, independientemente de su origen; principio común a todos los seres vivientes, desde las plantas hasta el hombre. El principio vital es distinto e independiente, porque puede existir la vida incluso haciendo abstracción de la capacidad de pensar. La palabra vitalidad no obedecería a la misma idea. Para algunos, el principio vital es una propiedad de la materia, un efecto que se origina desde que la materia se encuentra en ciertas circunstancias determinadas; para otros, y esta es la idea más vulgar, reside en un fluido especial, universalmente esparcido y del cual cada individuo absorbe y asimila una parte durante la vida, como, según vemos, absorben la luz los cuerpos inertes. Sería este el fluido vital que, si tomamos en consideración ciertas opiniones, es el mismo fluido eléctrico animalizado, llamado también difluido magnético, fluido nervioso, etcétera.

De cualquier manera, existe un hecho indiscutible resultado de la observación, y es que los seres orgánicos tienen en sí mismos una fuerza íntima que produce el fenómeno de la vida mientras esta existe; que la vida material es común a todos los seres orgánicos y que es independiente de la inteligencia y del pensamiento; que este y aquella son facultades propias de ciertas especies orgánicas, y en resumen, que entre las especies orgánicas dotadas de inteligencia y pensamiento existe una que también lo está de un sentido moral especial que la constituye en una superioridad incuestionable respecto de las otras. Esta es la especie humana.

Se entiende que, con una acepción múltiple, el concepto de alma no excluye ni al materialismo ni al panteísmo. El mismo espiritualista puede perfectamente aceptar el alma en una u otra de las dos primeras acepciones, sin que esto afecte al inmaterial al que dará, entonces, otro nombre cualquiera. Así, pues, la palabra de la que nos ocupamos no representa una

opinión determinada: es un Proteo que cada cual transforma a su antojo, y así se originan tantas y tan interminables disputas.

Podría evitarse igualmente la confusión si utilizáramos la palabra alma en aquellos tres casos, pero añadiéndole un calificativo que especificase el significado al que se refiere. Podría ser, entonces, un vocablo genérico, que representaría simultáneamente el principio de la vida material, el de la inteligencia y el del sentido moral, pero que se distinguiría en cada caso mediante el uso de un atributo, como distinguimos los gases, añadiendo a la palabra gas los calificativos hidrógeno, oxígeno o ázoe. Pudiera, pues, nombrarse, y esto sería lo más apropiado, el alma vital como el principio de la vida material, el alma intelectual como el principio inteligente y el alma espiritista como el principio de nuestra individualidad después de la muerte. Todo esto se reduce a un asunto de palabras, pero cuestión de suma importancia para entendernos. Si nos regimos por esta clasificación, el alma vital sería común a todos los seres orgánicos: las plantas, los animales y los hombres; el alma intelectual sería propia de los animales y de los hombres, y el alma espiritista pertenecería solamente al hombre.

Hemos considerado nuestro deber insistir tanto en estas explicaciones porque que la doctrina espiritista está basada en la existencia en nosotros mismos de un ser independiente de la materia, que sobrevive al cuerpo. Como será necesario repetir frecuentemente la palabra alma en el curso de esta obra, resulta fundamental establecer el sentido que le damos, para evitar así las equivocaciones. Adentrémonos ahora en el principal objeto de esta instrucción preliminar.

III

Como todo aquello que es novedoso, la doctrina espiritista tiene partidarios y contradictores. Intentaremos responder a algunas objeciones de estos últimos, examinando los motivos en los que se sustentan sin abrigar la pretensión de convencerlos a todos, ya que hay quienes creen que para ellos, exclusivamente, se hizo la luz. Nos dirigimos a las personas de buena fe que no tienen ideas preconcebidas o sistemáticas, por lo menos, y que tienen sincero deseo de instruirse, a quienes demostraremos que la mayoría de las objeciones que plantean a la doctrina nacen de la observación incompleta de los hechos y de un fallo dictado con suma

ligereza y precipitación.

Primero recordemos, en resumen, la serie progresiva de los fenómenos que originaron esta doctrina.

El primer hecho observado fue el de diversos objetos en movimiento, que se conoce coloquialmente con el nombre de mesas giratorias o danza de las mesas. Este fenómeno que, parece, se observó por primera vez en América o que, para ser exactos, se renovó en aquella comarca, ya que la historia ha demostrado que se remonta a la antigüedad, ocurrió a la vez que extrañas circunstancias, tales como ruidos inusitados y golpes cuya causa no podía explicarse. A partir de allí se propagó con rapidez por Europa y las demás partes del mundo siendo, inicialmente, objeto de mucha incredulidad, hasta que la multiplicidad en los experimentos hizo imposible el dudar de su realidad.

Si el fenómeno se hubiese limitado al movimiento de objetos materiales, podría explicarse con una causa puramente física. Aún no estamos ni remotamente cerca de conocer todos los agentes ocultos de la naturaleza, ni las propiedades de aquellos que desconocemos. Por otro lado, la electricidad multiplica diariamente los recursos que ofrece al hombre, y parece llamada a iluminar de nuevas formas la ciencia. No resultaría, entonces, imposible que la electricidad, modificada por ciertas circunstancias o por un agente cualquiera, fuese la causante de aquel movimiento. El aumento de la potencia de la acción, que se originaba siempre de la reunión de un grupo de personas, parecía sustentar esta teoría; porque podía considerarse el conjunto de individuos como una pila múltiple, cuya potencia estuviera en concordancia con el número de elementos.

Nada extraño tenía el movimiento circular; porque siendo natural y al moverse circularmente todos los astros, podría ser aquel un ligero reflejo del movimiento general del Universo; o, más concretamente, una causa, hasta entonces desconocida, podría imprimir accidentalmente a los objetos pequeños, en determinadas circunstancias, una corriente análoga a la que arrastra a los mundos.

Sin embargo, el movimiento no siempre era circular, sino que a veces ocurría a sacudidas y sin orden aparente. El mueble era sacudido con violencia, derribado, arrastrado hacia una dirección aleatoria y, contra todas las leyes de la estática, levantado del suelo y suspendido en el

espacio. Hasta aquí, nada existe que no pueda explicarse por la potencia de un agente físico invisible. ¿Acaso no hemos visto cómo la electricidad es capaz de derribar edificios, desarraigar árboles, lanzar a distancia los cuerpos más pesados, atraerlos y repelerlos?

En cuanto a los ruidos inusitados y los golpes, en el supuesto de que no fuesen efectos ordinarios de la dilatación de la madera o de otra causa accidental, podían muy bien ser producidos por la acumulación del fluido oculto. ¿Acaso no puede producir la electricidad los ruidos más violentos?

Podemos observar cómo, hasta este punto, todo tiene cabida en el dominio de los hechos puramente físicos y fisiológicos. En este orden de ideas, era este fenómeno objeto de estudios graves y dignos de llamar la atención de los sabios. ¿Por qué no sucedió así? Sensible es tener que decirlo, pero procede este hecho de causas que demuestran, entre acontecimientos similares, la ligereza del espíritu humano.

Primero, no es acaso extraño a esto la vulgaridad del objeto principal que ha servido de base a los primeros experimentos. ¡Cuán grande no ha sido frecuentemente la influencia de una palabra en los más serios asuntos! Sin tomar en cuenta que el movimiento pudiera haberse adjudicado a cualquier objeto, prevaleció la idea de las mesas, seguramente porque era la más cómoda, y porque nos sentamos alrededor de una mesa con mayor naturalidad que en cualquier otro mueble. Pues bien, los hombres eminentes son tan pueriles a veces, que no resultaría difícil creer que ciertos genios de nota hayan considerado indigno de ellos el ocuparse en lo que se llamó la danza de las mesas. Es probable que si el fenómeno observado por Galvani hubiese sido percibido por hombres vulgares y designado con un nombre burlón, estaría aún relegado al olvido juntamente con la varita mágica. ¿Quién es el sabio que no hubiera creído digno rebajarse ocupándose en la danza de las ranas?

Sin embargo, algunos han sido lo suficientemente modestos para acordar que la naturaleza podría no haber dicho su última palabra y han querido, para tener la conciencia tranquila, ver. Pero ha ocurrido que no siempre ha correspondido el fenómeno a sus expectativas, y como no se ha producido frecuentemente a gusto de su voluntad y según su manera de experimentar, se han pronunciado negativamente. A pesar de su fallo, las mesas, ya que de mesas se trata, siguen girando; así que podemos decir con Galileo: “Y con todo ¡se mueven!”. Podemos decir más, y es que los hechos

se han repetido de una manera tal, que han adquirido ya derecho de ciudadanía, por lo que actualmente no se trata más que de buscarles una explicación racional. ¿Puede alegarse algo en contra de la realidad del fenómeno porque no se produce siempre de un modo idéntico de acuerdo con la voluntad y exigencias del observador? ¿Acaso los fenómenos eléctricos y químicos no están subordinados a ciertas condiciones, y hemos de negarlos porque no se producen fuera de ellas? ¿Hay, pues, algo de sorprendente en que el fenómeno del movimiento de los objetos por medio del fluido humano tenga también sus condiciones de existencia, y en que no se produzca cuando el observador, situándose en su punto de vista particular, pretenda hacerlo ocurrir a merced de su capricho, o reducirlo a las leyes de los fenómenos conocidos, sin considerar que para nuevos hechos puede y debe haber leyes nuevas? Para llegar a conocer estas nuevas leyes es necesario estudiar las circunstancias en que se producen los hechos, y este estudio ha de ser fruto de una observación continuada, atenta y, a veces, muy larga.

A pesar de esto, algunas personas afirman que el artificio es evidente con frecuencia. Primero cabría preguntarles si están completamente seguras de que exista tal artificio y si no han tomado por tal efectos que no podían percibir, más o menos como aquel aldeano que creía que un profesor de física, a quien veía experimentar, era un hábil ilusionista. Pero, suponiendo que así hubiese sucedido alguna vez, ¿sería esto razón para negar el hecho? ¿Tendríamos que negar la física porque hay prestidigitadores que se apropian el título de físicos? Por otra parte, resulta necesario tomar en cuenta el carácter de las personas y el interés que pueden tener en engañar a otros. ¿Será todo ello una broma? Podemos engañar un momento, pero una broma indefinida sería tan fastidiosa para el mistificador como para el mistificado. Además que, si una mistificación se propaga de un extremo a otro del mundo y entre las personas más serias, honradas e ilustradas, algo debe haber, por lo menos, tan extraordinario como el mismo fenómeno.

IV

Si los fenómenos que tratamos se limitasen al movimiento de objetos podrían tener cabida, como hemos mencionado anteriormente, en los límites de las ciencias físicas; pero no ha sido así, por lo que les estaba

reservado conducimos a hechos de un extraño orden. No sabemos cómo se llegó a descubrir que el impulso dado a los objetos no se producía únicamente por una fuerza mecánica ciega, sino que intervenía en ello el movimiento una causa inteligente. Una vez abierta esta posibilidad, se presentó un campo nuevo a las observaciones, y se descorrió el velo de muchos misterios. ¿Intervenía, en efecto, una potencia inteligente? Esta era la cuestión. Si la potencia existía, ¿cuál era? ¿Cuál su naturaleza y cuál su origen? ¿Era superior a la humanidad? Tales eran las interrogantes involucradas en la primera.

Las primeras manifestaciones inteligentes de este tipo se observaron a través de mesas que se levantaban y daban con uno de sus pies un número determinado de golpes, representativos de las palabras sí o no, según lo acordado, respondiendo así a las preguntas que se hacían. Hasta este punto no hay nada con méritos para convencer a los escépticos, porque podría atribuirse el resultado a la casualidad. Se obtuvieron luego respuestas más extensas con las letras del alfabeto. Haciendo que el objeto diese el número de golpes correspondiente al número de orden de cada letra, se logró formar palabras y frases, que respondían a las preguntas hechas. La exactitud de las respuestas y su correlación con las preguntas generaron admiración. Al preguntar acerca de su naturaleza el ser misterioso que de tal manera respondía, contestó que era un espíritu o genio, dijo su nombre y ofreció algunos detalles acerca de sí mismo, hecho muy digno de notarse. Nadie pensó que los espíritus podrían explicar los fenómenos, sino que este mismo reveló la palabra. En las ciencias exactas se proponen, con frecuencia, hipótesis para tener una base de razonamiento; no así en este caso.

Este medio de correspondencia resultaba incómodo y tardío, por lo que el espíritu, cabe mencionar, señaló otro distinto. Uno de esos seres invisibles aconsejó que se adaptase un lápiz a una cestita u otro objeto. La cestita, ubicada sobre una hoja de papel, sería movida por el mismo poder oculto que movía las mesas; pero, en vez de realizar un movimiento irregular, el lápiz trazaría por sí mismo caracteres que formarían palabras, frases y discursos de muchas páginas, tratando las más elevadas cuestiones de filosofía, de moral, de metafísica, de psicología, etc., con la misma rapidez como si escribiésemos con la mano.

Este consejo fue ofrecido de forma simultánea en América, Francia y

otras comarcas. De esta manera se sugirió en París, el 10 de junio de 1853, a uno de los más fervientes seguidores de la doctrina, que desde 1849 se ocupaba de evocar a los espíritus: «Ve a la habitación contigua, toma la cestita, átale un lápiz, colócalo sobre el papel, y pon luego los dedos en los bordes». Unos instantes después, la cestita empezó a moverse y escribió con el lápiz de forma legible la siguiente frase: «Prohíbo expresamente que le digan nadie lo que les he dicho. Cuando vuelva a escribir, escribiré mejor».

El objeto al que se adapta el lápiz no es más que una herramienta, por lo que tanto su origen como su naturaleza son indiferentes. Sin embargo, muchas personas utilizan una tablita por su comodidad.

Tanto la cesta como la tablita solo se ponen en movimiento por la influencia de algunas personas poseedoras de un poder especial. Estas personas se llaman médiums o intermediarios entre el hombre y los espíritus. El origen de este poder está en causas físicas y morales ampliamente conocidas, ya que existen médiums de todas las edades, sexos y con diversos niveles de desarrollo intelectual. Cabe destacar que esta habilidad se desarrolla con la práctica.

V

Posteriormente se descubrió que los objetos, como la cesta y la tabla, no eran más que accesorios de la mano, y que si tomaba directamente el lápiz el médium era capaz de escribir en un impulso involuntario y casi de trance. Así la comunicación se hizo más fácil y completa, por lo que este medio se convirtió en el más usado actualmente, al igual que el número de personas dotadas de esta habilidad es muy considerable y aumenta cada día. Finalmente, la experiencia dio a conocer otros tipos de esta comunicación entre médiums y espíritus, y se supo que las comunicaciones podían también lograrse por medio de la palabra, del oído, de la vista, del tacto, etc., e incluso a través de la escritura directa de los espíritus, es decir, sin la participación de la mano del médium ni del lápiz.

Demostrado este hecho, quedaba por establecer un punto esencial: el papel que ejerce el médium en las comunicaciones y la parte que, mecánica y moralmente, puede tomar en ellas. Dos circunstancias capitales, que no pasan desapercibidas al observador atento, pueden darnos luces sobre esta

cuestión. La primera es cómo la cestita se mueve bajo su influencia, solo con la imposición de sus dedos en el borde, pues el examen demuestra que resulta imposible darle una dirección determinada. Una imposibilidad similar se presenta cuando dos o tres personas operan al mismo tiempo con la misma cestita; porque sería necesaria entre ellas una avenencia de movimiento verdaderamente fenomenal y además sincronía de pensamientos para acordar la respuesta que han de dar al interrogante que se ha planteado. Otra circunstancia, no menos particular, viene a aumentar la dificultad, y es la diferencia radical en la letra dependiendo del espíritu que se manifiesta, reproduciéndose la misma siempre que se presenta un mismo espíritu. Sería necesario que el médium se dedicara a hacer de veinte maneras distintas su propia letra, y sobre todo que pudiese recordar cuál pertenece a cada espíritu.

La segunda circunstancia se obtiene de la naturaleza de las respuestas que, en la mayoría de los casos, especialmente en asuntos abstractos y científicos, son notoriamente superiores a los conocimientos y, otras veces, al nivel intelectual del médium, quien, además, no suele tener conciencia de lo que ha escrito bajo la influencia del espíritu, y quien, frecuentemente, ni siquiera escucha o entiende la pregunta, ya que puede que se le plantee en un idioma que desconoce, e incluso puede responderla en aquel idioma. A menudo ocurre también que la cestita escribe espontáneamente sobre un tema cualquiera y que resulta del todo inesperado para los presentes.

A veces, estas respuestas comprenden tal sabiduría, profundidad y oportunidad, y revelan ideas tan elevadas y sublimes que solo pueden haber sido ofrecidas por una inteligencia superior, llena de la más pura moralidad; y otras veces son tan ligeras, tan frívolas e incluso tan triviales, que resulta difícil creer que proceden del mismo origen. Estas diferencias en el lenguaje no pueden ser explicadas por otra razón que no sea la diversidad de inteligencias que se manifiestan. ¿Pertenecen estas distintas inteligencias a la humanidad? Este es el punto que ha de esclarecerse, y cuya perfecta explicación, tal como ha sido dada por los mismos espíritus, se desarrollará en esta obra.

Son estos los sucesos que ocurren fuera del círculo de nuestras observaciones cotidianas, no con misterio sino a la luz del día, pudiendo todo el mundo verlos y evidenciarlos, ya que no son privilegio de un solo individuo y miles de personas los repiten cada día voluntariamente. Estos

efectos deben tener una causa, y desde el momento en que revelan la acción de una inteligencia y de una voluntad, se alejan del dominio puramente físico.

Sobre esto se han planteado diversas teorías. Las examinaremos pronto, y veremos si pueden dar razón de todos los hechos que se producen. Mientras tanto, admitamos la existencia de seres distintos de la humanidad, puesto que esta es la explicación dada por las inteligencias que se manifiestan, y veamos ahora lo que nos dicen.

VI

Estos seres que se comunican con los médiums se llaman a sí mismos, como hemos mencionado, con el nombre de espíritus o genios, y algunos afirman haber pertenecido a los hombres que vivieron en la Tierra. Constituyen el mundo espiritual como nosotros constituimos, durante la vida, el mundo corporal. Resumamos los puntos más importantes de la doctrina que nos han transmitido, para responder más fácilmente a ciertas objeciones.

«Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno.

»Creó el universo que comprende a todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.

»Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal y los inmateriales el invisible o espiritista, es decir, el de los espíritus.

»El mundo espiritista es el normal, primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente a todo. El mundo corporal no pasa de ser secundario; podría dejar de existir, o no haber existido nunca, sin que se alterase la esencia del mundo espiritista.

»Los espíritus revisten temporalmente una envoltura material perecedera, cuya destrucción, a consecuencia de la muerte, los constituye nuevamente en estado de libertad.

»Entre las diferentes especies de seres corporales, Dios ha escogido a la especie humana para la encarnación de los espíritus que han llegado a cierto grado de desarrollo, lo cual les da superioridad moral e intelectual sobre todos los otros.

»El alma es un espíritu encarnado, cuyo cuerpo no es más que su

envoltura.

»Tres cosas existen en el hombre: 1) El cuerpo o ser material análogo a los animales, y animado por el mismo principio vital; 2) El alma o ser inmaterial, espíritu encarnado en el cuerpo, y 3) El lazo que une el alma al cuerpo, principio intermedio entre la materia y el espíritu.

»Así, pues, el hombre tiene dos naturalezas: por el cuerpo, participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos tiene; y por el alma, participa de la naturaleza de los espíritus.

»El lazo o periespíritu que une el cuerpo y el espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destrucción de la envoltura más grosera, pero el espíritu conserva la segunda que le constituye un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal y que puede hacer visible accidentalmente, y hasta tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones.

»Así, pues, el espíritu no es un ser abstracto e indefinido, que solo puede concebir el pensamiento, sino un ser real y circunscrito que es apreciable, en ciertos casos, por los sentidos de la vista, el oído y el tacto.

»Los espíritus pueden ser de diferentes tipos y no son iguales en poder, inteligencia, ciencia y moralidad. Los del primer orden son los espíritus superiores, que se distinguen de los demás por su perfección, conocimientos, proximidad a Dios, pureza de sentimientos y amor al bien. Son los ángeles o espíritus puros. Los otros tipos se alejan cada vez más de esta perfección, estando los de los grados inferiores inclinados a la mayor parte de nuestras pasiones: al odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc., y se complacen en el mal.

»Entre los espíritus también existen los que no son ni muy buenos ni muy malos. Son más embrollones y chismosos que malvados, y parecen llevar en ellos la malicia y la inconsecuencia. Estos son los duendes o espíritus ligeros.

»Los espíritus no pertenecen eternamente al mismo tipo, sino que todos se perfeccionan pasando por los diferentes grados de la jerarquía spiritista. Este perfeccionamiento ocurre mediante la encarnación, impuesta como expiación a unos y como misión a otros. La vida material es una prueba que deben atravesar varias veces hasta alcanzar la perfección absoluta, una especie de tamiz o depuratorio del que salen más o menos purificados.

»Al abandonar el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los espíritus, donde se originó, para adquirir una nueva existencia material tras un lapso más o menos prolongado, durante el cual se encuentra en estado de espíritu errante.

»Como el espíritu debe atravesar varias encarnaciones, se puede afirmar que todos hemos tenido diversas existencias y que tendremos otras, más o menos perfeccionadas, en la Tierra o en otros mundos.

»Los espíritus se encarnan siempre en la especie humana, y sería erróneo creer que el alma o espíritu pudiera encarnarse en el cuerpo de un animal.¹

»Las diferentes existencias corporales del espíritu siempre son progresivas, nunca retrógradas; pero la velocidad del progreso depende de los esfuerzos que hagamos para llegar a la perfección.

»Las cualidades del alma son las mismas que las del espíritu encarnado en nosotros, de modo que el hombre de bien es encarnación de un espíritu bueno, y el hombre perverso lo es de un espíritu impuro.

»El alma era individual antes de la encarnación, y seguirá siéndolo incluso después de separarse del cuerpo.

»Al regresar al mundo de los espíritus, el alma encuentra en él a todos aquellos que conoció en la Tierra, y todas sus existencias anteriores se presentan a su memoria con el recuerdo de todo el bien y el mal que ha hecho.

»El espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia, y el hombre que vence semejante influencia por medio de la elevación y purificación de su alma se aproxima a los espíritus buenos a los cuales se unirá algún día. Quien se deja dominar por las malas pasiones, y cifra toda su ventura en la satisfacción de los apetitos groseros, se aproxima a los espíritus impuros, dando el predominio a la naturaleza animal.

»Los espíritus encarnados habitan los diferentes globos del Universo.

»Los espíritus no encarnados o errantes no ocupan una región determinada y circunscrita, sino que están por todas partes: en el espacio, a nuestro lado, viéndonos y codeándose constantemente con nosotros. Forman una población invisible que se agita a nuestro alrededor.

»Los espíritus ejercen en el mundo moral y hasta en el físico una acción incesante: actúan sobre la materia y el pensamiento, constituyen uno de los poderes de la naturaleza y son causa eficiente de una variedad de fenómenos inexplicados o mal explicados hasta ahora, y que solo en el

Espiritismo encuentran una respuesta racional.

»Las relaciones de los espíritus con los hombres son constantes. Los espíritus buenos nos conducen al bien, nos fortalecen en las pruebas de la vida y nos ayudan a sobrellevarlas con valor y resignación. Los espíritus malos nos conducen al mal, y les resulta placentero vernos sucumbir y descender a su nivel.

»Las comunicaciones de los espíritus con los hombres pueden ser ocultas o manifiestas. Las comunicaciones ocultas ocurren a través de la buena o mala influencia que ejerzan sobre nosotros sin que seamos capaces de percibirlo. Es tarea de nuestro juicio el distinguir las buenas de las malas inspiraciones. Las comunicaciones manifiestas son aquellas que ocurren a través de la escritura, de la palabra o de otras manifestaciones materiales, y la mayoría de las veces suceden por mediación de los médiums, que sirven de instrumento a los espíritus.

»Los espíritus pueden manifestarse de forma espontánea o cuando se les evoca. Todos pueden ser evocados, tanto los que animaron a hombres oscuros como los de los más ilustres personajes, sin importar la época en que hayan vivido. Se pueden evocar los de nuestros parientes y amigos, también los de nuestros enemigos, y obtener, en comunicaciones verbales o escritas, consejos y reseñas de su situación de ultratumba, de sus pensamientos respecto de nosotros, como también aquellas revelaciones que les es lícito hacernos.

»Los espíritus son atraídos por su afinidad con la naturaleza moral del centro que los evoca. Los espíritus superiores se complacen en las reuniones graves en las que priman el amor por el bien y el deseo sincero de instruirse y perfeccionarse. Su presencia ahuyenta a los espíritus inferiores que encuentran, por su parte, franco acceso y pueden obrar con entera libertad en personas frívolas o guiadas únicamente por la curiosidad, y en donde prevalecen instintos negativos. Lejos de esperar de estas personas buenas advertencias y enseñanzas útiles, no deben esperarse más que futilidades, mentiras, bromas pesadas o mistificaciones, porque a veces usurpan nombres venerables para inducir más efectivamente al error.

»Resulta muy sencillo distinguir los espíritus buenos de los malos, porque el lenguaje de los espíritus superiores es siempre digno, noble, inspirado por la más pura moralidad, desprovisto de toda pasión baja; porque sus consejos transmiten la más profunda sabiduría y tienen siempre como

finalidad nuestro perfeccionamiento y el bien de la humanidad. El de los espíritus inferiores es, por el contrario, un lenguaje inconsecuente, frecuentemente trivial e incluso grosero. Si dicen a veces cosas buenas y verdaderas, con más frecuencia dicen cosas falsas y absurdas por malicia o por ignorancia, abusan de la credulidad y se divierten a expensas de los que les consultan, dando pábulo a su vanidad y alimentando sus deseos con mentidas esperanzas. En resumen, solamente en las reuniones serias, en aquellas cuyos miembros están unidos por una comunidad íntima de pensamientos encaminados al bien, se obtienen comunicaciones serias en la verdadera acepción de la palabra.

»La moral de los espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: “Tratar al otro como quisiéramos ser tratados”, es decir, hacer el bien y no el mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta para sus más insignificantes acciones.

»Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo y la sensualidad son pasiones que nos aproximan a la naturaleza animal, ligándonos a la materia; que el hombre que, desde este mundo, se desprende de la materia, despreciando sus humanas futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil, con arreglo a las facultades y a los medios que Dios, para probarle, ha puesto a su disposición; que el fuerte y el poderoso deben apoyo y protección al débil, porque el que abusa de su fuerza y poderío para oprimir a su semejante, viola la ley de Dios. Nos enseñan que en el mundo de los espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas; que la presencia inocultable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal es uno de los castigos que nos están reservados, y que al estado de inferioridad y de superioridad de los espíritus son inherentes penas y recompensas desconocidas en la Tierra.

»Pero nos enseñan también que no hay faltas irreparables que no puedan ser borradas por la expiación. El hombre puede lograrlo a través de las diferentes existencias que le permiten avanzar, según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección, que es su objeto final.»

Esto resume la doctrina espiritista, según la enseñanza ofrecida por los espíritus superiores. Pasemos ahora a las objeciones que a ella oponen algunos.

VII

Para algunos, la oposición de las corporaciones sabias es, si no evidencia, al menos una poderosa presunción en contra. No somos de los que gritamos contra los sabios “¡A ese! ¡A ese!”, porque no queremos que se nos diga que damos coces de asno, sino que, por el contrario, les tenemos en mucha estima, y nos sentiríamos muy honrados siendo uno de ellos; pero no siempre puede ser su opinión un juicio irrevocable.

Desde que la ciencia se separa de la observación material de los hechos, desde que busca explicarlos y apreciarlos, queda el campo abierto a las conjeturas y cada quien idea un sistema que intenta hacer prevalecer y que sostiene con empeño. ¿No vemos todos los días celebradas y rechazadas alternativamente las más divergentes opiniones, rechazadas hoy como absurdos errores y mañana proclamadas como incontestables verdades? El verdadero criterio de nuestros juicios, el argumento sin réplica son los hechos, en cuyo defecto debe ser la duda la opinión de los prudentes.

En los asuntos más evidentes, la opinión de los sabios es con justo título incuestionable, ya que saben más y mejor que el común de las personas; sin embargo, en cuanto a principios nuevos y a cosas desconocidas, su punto de vista no pasa de ser hipotético, porque no están más exentos de preocupaciones que los demás, e incluso me atrevería a decir que más preocupaciones tiene quizás el sabio, puesto que una inclinación natural le induce a subordinarlo todo al aspecto que ha profundizado. El matemático no acepta más prueba que la demostración algebraica, el químico lo asocia todo a la acción de los elementos, etc. El hombre que se ha dedicado a una especialidad relaciona a ella todas sus ideas, y si le sacan de su especialidad suele razonar mal, porque quiere someterlo todo al mismo crisol. Esto es causado por la humana flaqueza. En ese sentido, consultaría de buen grado y confiadamente a un químico sobre un asunto de análisis, a un físico sobre la potencia eléctrica y a un mecánico sobre la fuerza motriz; pero es lícito, y esto sin rebajar el aprecio que merecen sus conocimientos especiales, no valorar del mismo modo su opinión negativa en materia de espiritismo, como no estimo los juicios de un arquitecto en temas de música.

Las ciencias vulgares se basan en las propiedades de la materia que podemos manipular y someter a experimentos a nuestro antojo. Por otra

parte, los fenómenos espiritistas se basan en la acción de inteligencias que, teniendo voluntad propia, nos demuestran constantemente que no se encuentran a disposición de nuestros deseos. No pueden, pues, observarse de la misma manera, sino que debemos situarnos en condiciones particulares y con otro punto de vista, e intentar someterlos a los procesos ordinarios de investigación es como intentar establecer analogías que no existen. En este caso, la ciencia resulta incompetente para sentenciar la cuestión del espiritismo. No debe ocuparse de este tema y su juicio, cualquiera que sea, favorable o en oposición, no puede tener importancia alguna. El espiritismo es resultado de una convicción personal que, como individuos, pueden abrigar los sabios, haciendo abstracción de su calidad de tales; pero someterlo a la ciencia sería como someter la existencia del alma a una asamblea de físicos o de astrónomos. En efecto, todo el espiritismo está contenido en la existencia del alma y en su estado después de la muerte, y sería extremadamente ilógico pensar que un hombre ha de ser un gran psicólogo porque es un gran matemático o un gran anatomista. Al diseccionar el cuerpo humano, el anatomista busca el alma, pero como no tropieza con ella su escalpelo como sí lo hace con un nervio, o porque no la ve desprenderse como un gas, concluye que no existe, obteniendo esta certeza desde un punto de vista que considera únicamente lo material. ¿Significa esto que tiene razón contra la opinión universal? No. Observemos, entonces, cómo el espiritismo no es asunto de la ciencia.

Cuando las creencias espiritistas se hayan difundido ampliamente, cuando sean aceptadas por las masas —y tomando en cuenta la rapidez con que se propagan, ese día no puede estar muy lejos—, sucederá con estas como con todas las otras ideas nuevas que han encontrado oposición en sus inicios, y los sabios sucumbirán a la evidencia. Pero hasta ese momento, sería inoportuno distraerlos de sus trabajos especiales para obligarles a que se ocupen de un asunto ajeno a sus atribuciones y a su programa. Mientras tanto, quienes sin haber estudiado profunda y anticipadamente el tema optan por la negativa y juzgan a los que no piensan igual, olvidan que lo mismo ha ocurrido con la mayor parte de los grandes descubrimientos que honran a la humanidad, y se exponen a que sus nombres engrosen la lista de los ilustres proscriptores de ideas nuevas, y a verlos inscritos junto a los de aquellos miembros de la docta asamblea que, en 1752, recibieron con risas la memoria de Franklin sobre los pararrayos, juzgándola indigna de

figurar en el número de los informes que le eran dirigidos, y de los de aquella otra que fue causa de que Francia perdiese la gloria de iniciar la navegación de vapor, declarando que el sistema de Fulton era un sueño irrealizable, a pesar de que tales asuntos eran de su competencia. Entonces, si estas corporaciones que contaban con lo más distinguido de los sabios del mundo, tuvieron como respuesta burlas y sarcasmos a las ideas que no entendían, ideas que tiempo después revolucionarían la ciencia, las costumbres y la industria, ¿cómo podría esperarse que acogieran de mejor manera un asunto ajeno a sus labores?

Estos errores de algunos, lamentables para su memoria, no pueden privarles de los títulos adquiridos, por otro concepto, a nuestro aprecio; pero ¿es necesario contar con un diploma oficial para tener sentido común, y solo imbéciles se encuentran por ventura fuera de las poltronas académicas? Observemos a los adeptos de la doctrina espiritista, y entonces se verá si solo con ignorantes cuenta, y si el gran número de hombres de mérito que la han abrazado permite que se la coloque en el nivel de las creencias de las mujerzuelas. Su carácter y su ciencia hacen que sea pertinente decir: dado que tales hombres afirman esto, al menos algo debe tener de cierto.

Hacemos énfasis nuevamente en que, si los fenómenos que nos ocupan se redujeran al movimiento mecánico de los objetos, la investigación de la causa física del hecho entraría en el dominio de la ciencia; pero tratándose de una manifestación ajena a las leyes de la humanidad, no compete a la ciencia material; porque no puede ser explicada con números ni a través de la potencia mecánica. Cuando surge un nuevo hecho, que no se desprende de ninguna de las ciencias conocidas, el sabio debe, para estudiarlo, hacer abstracción de su ciencia, y convencerse de que este representa para él un nuevo estudio que no puede hacerse con ideas preconcebidas.

El individuo que cree que su razonamiento es infalible tiene muchas posibilidades de equivocarse, pues hasta los que promueven las ideas más falsas se apoyan en su razón, y en virtud de ella rechazan todo lo que les parece imposible. Quienes en otras épocas han rechazado los admirables descubrimientos con que se ha honrado la humanidad apelaban, para hacerlo, a la razón. Sin embargo, lo que llamaban razón no era, con frecuencia, más que orgullo, y aquel que se cree infalible pretende igualarse a Dios. Nos dirigimos, pues, a los que tienen la suficiente prudencia para

dudar de lo que no han visto, y quienes, juzgando del porvenir por el pasado, no creen que el hombre ha llegado a su apogeo, ni que la naturaleza le haya presentado ya la última página de su libro.

VIII

Cabría añadir que el estudio de una doctrina como la espiritista, que repentinamente nos lleva a un orden de cosas tan amplio y nuevo, solo puede ser hecho de manera efectiva por hombres serios, perseverantes, ajenos a prevenciones y animados por la firme y sincera voluntad de obtener un resultado. Por otra parte, no podemos dar estos calificativos a quienes juzgan a priori de forma ligera y sin haberlo visto todo, en cuyos estudios no se evidencia la ilación, la regularidad y recogimiento necesarios, y menos aún podemos darlos a ciertas personas que, para no desmentir su reputación de chistosos, se esfuerzan en encontrar un lado burlesco a los asuntos más ciertos, o reputados tales por individuos cuya ciencia, carácter y convicciones tienen derecho a la consideración de todo el que se precie de saber vivir en sociedad. Se reparten, pues, aquellos que juzgan los hechos como indignos de ellos y de su atención, y dado que nadie piensa en violentar sus creencias, respeten de igual manera las de los otros.

Lo que hace que un estudio pueda ser considerado serio es la perseverancia en él. ¿Deberíamos sorprendernos de no obtener respuesta alguna formal a preguntas serias en sí mismas, cuando son hechas casualmente y lanzadas a quemarropa en medio de una cantidad de preguntas impertinentes? Una pregunta que, además, es con frecuencia compleja y necesita, para su aclaración, otras preliminares o complementarias. Quien desee adquirir una ciencia debe estudiarla de forma metódica, empezar por el principio y seguir el encadenamiento y desarrollo de las ideas. Quien dirige casualmente a un sabio una pregunta sobre una ciencia de la que ignora los primeros rudimentos, ¿habrá adelantado algo en ella? ¿Y podrá el sabio, a pesar de su buena voluntad, darle una respuesta satisfactoria? Esta respuesta aislada será, forzosamente, incompleta e ininteligible, o resultará absurda o contradictoria. Lo mismo ocurre en las relaciones que establecemos con los espíritus. Si alguien quiere instruirse en su escuela, debe seguir un curso

con ellos, pero, como sucede entre nosotros, es necesario escoger los profesores y trabajar con constancia.

Hemos dicho ya que los espíritus superiores no asisten a más reuniones que aquellas que son serias, y sobre todo a aquellas en las que reina una perfecta comunidad de pensamientos y sentimientos encaminados al bien. La ligereza y las preguntas inútiles los alejan, como alejan a las personas razonables, quedando entonces el campo libre a la turba de espíritus mentirosos y frívolos, que siempre perciben las oportunidades de burlarse de nosotros y de divertirse a expensas nuestras. ¿Qué resultado podría dar una pregunta seria planteada en semejante reunión? Sería contestada, pero ¿por quién? Lo mismo valdría no hacerla, como en medio de una reunión de buen humor dejar caer estas preguntas: ¿Qué es el alma? ¿Qué la muerte? u otras lindezas por el estilo. Si queremos obtener respuestas serias, debemos ser serios en toda la acepción de la palabra y propiciar las condiciones indispensables: solo entonces obtendremos comunicaciones notables. Debemos ser de los más laboriosos y perseverantes en nuestros estudios, sin lo cual nos abandonarán los espíritus superiores, tal como hace el profesor con los alumnos desaplicados.

IX

Siendo un hecho comprobado el movimiento de los objetos, el asunto se reduce a saber si esto es o no una manifestación inteligente, y en caso afirmativo, cuál es el origen de dicha manifestación.

No hablamos del movimiento inteligente de ciertos objetos, ni de las comunicaciones verbales, ni siquiera de las que son directamente escritas por los médiums, puesto que esta clase de fenómenos, evidentes para los que han visto y profundizado al respecto, no es a primera vista bastante independiente de la voluntad para actuar como base a la convicción del observador novel. No hablaremos, entonces, más que de los escritos obtenidos con la ayuda de un objeto cualquiera provisto de un lápiz, tales como una cesta, una tabla, etc., ya que la colocación de los dedos del médium en el objeto burla, como tenemos dicho, la más consumada habilidad de participar de un modo cualquiera en el trazado de los caracteres. Pero admitamos incluso que, por una destreza maravillosa, pueda burlar la vista más meticulosa, ¿cómo podrá explicarse la naturaleza

de las respuestas, cuando son superiores a todas las ideas y conocimientos del médium? Cabe destacar que no se trata de contestaciones monosilábicas, sino con frecuencia de muchas páginas, escritas con la rapidez más sorprendente, ora espontáneamente, ora sobre un asunto determinado. Del médium más ignorante en literatura brotan a veces poemas de sublimidad y pureza irreprochables, que serían del agrado de los mejores poetas humanos, y lo que hace que estos hechos sean más inusuales es que se producen en todas partes, y que los médiums se multiplican hasta el infinito. ¿Son o no reales estos sucesos? Solo una cosa podemos responder a esta interrogante: vean y observen, pues no les faltarán oportunidades; pero sobre todo observen a menudo, mucho y en las condiciones indispensables.

¿Qué responden los impugnadores ante la evidencia? Son, dicen, víctimas de la charlatanería o juguetes de una ilusión. Primero diremos que, cuando no se trata de sacar provecho, es necesario prescindir de la palabra charlatanería, ya que los charlatanes no trabajan gratis. Pero, ¿por qué extraña coincidencia habrán llegado esos mistificadores a ponerse de acuerdo del uno al otro extremo del mundo para actuar de la misma manera, producir los mismos efectos y dar sobre los mismos temas y en distintos idiomas respuestas idénticas, sino por las palabras, al menos por el sentido? ¿Cómo y con qué finalidad se prestarían a semejantes artimañas personas serias, formales, honradas e instruidas? ¿Cómo explicar la paciencia y la habilidad necesarias en los niños? Porque si los médiums no son instrumentos pasivos, necesitan habilidad y conocimientos incompatibles con ciertas edades y posiciones sociales.

Se puede decir que, si no existe artificio, todos podemos ser víctimas de una ilusión. En buena lógica siempre tiene cierta importancia la calidad de los testigos, y en este caso, preguntamos si la doctrina espiritista, que cuenta actualmente con millones de seguidores, los tiene solamente entre los ignorantes. Son tan extraordinarios los fenómenos en los que se apoya, que concebimos la duda; pero lo que no puede admitirse es la pretensión de ciertos incrédulos monopolizadores del sentido común, quienes, sin respeto a la posición social o valor moral de sus adversarios califican, sin miramiento, de imbéciles a todos los que no comparten sus opiniones. Para toda persona sensata la opinión de individuos ilustrados que, por largo tiempo, han visto, estudiado y meditado un asunto será siempre, si no una

prueba, al menos una presunción favorable, ya que ha llamado la atención de hombres serios que no están interesados en propagar un error, ni tienen tiempo que perder en futilidades.

X

Entre las objeciones existentes a esta teoría, las hay más especiosas que las examinadas, al menos en apariencia, porque son resultado de la observación y hechas por individuos serios.

Una de ellas se apoya en el lenguaje de ciertos espíritus, que no parece digno de la elevación que se supone a seres sobrenaturales. Si se recuerda el resumen que antes hemos dado de la doctrina, se verá que los mismos espíritus nos señalan que no todos son iguales en conocimientos y cualidades morales, y que no debe tomarse al pie de la letra todo lo que dicen. Es tarea de las personas sensatas el distinguir lo bueno de lo malo. Quienes de esto deduzcan que siempre nos encontraremos con seres malvados, cuya única ocupación es burlarse de nosotros, no se habrán enterado de las comunicaciones obtenidas en las reuniones donde solo se presentan espíritus superiores, pues de otra manera no pensarían de aquel modo. Es lamentable que la casualidad les haya hecho el flaco servicio de no dejarles ver más que el lado negativo del mundo espiritista, porque suponemos de buen grado que una tendencia simpática no les habrá rodeado de malos espíritus con preferencia a los buenos, de espíritus mentirosos o de aquellos cuyo lenguaje grosero irrita. Pudiera deducirse que la solidez de sus principios no es lo bastante poderosa para alejar el mal, y que, encontrando placentero satisfacer sobre este punto su curiosidad, aprovechan esta ocasión los malos espíritus para introducirse entre ellos, mientras que se alejan los buenos.

Sin embargo, juzgar por estos hechos la doctrina completa sería tan poco lógico como juzgar el carácter de un pueblo por lo que se dice y hace en las reuniones de algunos aturdidos o personas de mala reputación, a las que no asisten ni los sabios ni los hombres sensatos. Quienes así actúan y opinan se encuentran en la misma situación que aquel extranjero que, entrando en una gran capital por el más feo de sus arrabales, juzga a todos los habitantes por el lenguaje y costumbres del arrabal en cuestión. En el

mundo de los espíritus hay también una buena y una mala sociedad. Al estudiar bien lo que ocurre entre los espíritus superiores, se llegará a la convicción de que la ciudad celeste contiene algo más que la hez del pueblo. Pero, dicen ¿acaso vienen a nosotros los espíritus superiores? A esto respondemos: No se queden en el arrabal; miren, observen y entonces podrán juzgar. Los hechos están a la vista de todos, a menos que se trate de aquellas personas a quienes pueden aplicarse estas palabras de Jesús: Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

Una variante de esta opinión consiste en no ver en las comunicaciones espiritistas, y en todos los hechos materiales a que dan lugar, más que la intervención de un poder diabólico, nuevo Proteo que adopta todas las formas posibles para engañarnos mejor. No consideramos esta visión digna de ser tomada en cuenta seriamente, y por esto no nos detenemos en ella. Queda refutada con lo que acabamos de decir, y solo añadiremos que, si fuese cierta, sería preciso convenir en que a veces el diablo es muy sabio, muy razonable y sobre todo muy moral, o bien en que también hay diablos buenos.

¿Cómo podríamos creer que Dios permite a los espíritus del mal que se manifiesten exclusivamente para perdernos, sin darnos como antídoto los consejos de los espíritus buenos? Si no pudiese hacerlo, sería impotente; y si pudiese y no lo hiciera, sería esto incompatible con su bondad, por lo que ambas suposiciones son blasfematorias. Observen que, admitida la comunicación de los espíritus malos, se reconoce el principio de las manifestaciones, y puesto que existen, solo puede ser con permiso de Dios. ¿Cómo, pues, creer, sin caer en la impiedad, que permita el mal con exclusión del bien? Semejante doctrina es contraria a las más sencillas nociones del sentido común y de la religión.

XI

Cabe añadir que lo extraño es que se habla únicamente de los espíritus de personajes conocidos, y se cuestiona por qué solo ellos se manifiestan. Este es un error que, como muchos otros, proviene de una observación superficial. Entre los espíritus que espontáneamente se manifiestan, son más los desconocidos para nosotros que los ilustres que se dan a conocer con un nombre cualquiera y a menudo con uno alegórico o característico.

En cuanto a los que se evocan, a menos que no se trate de un pariente o amigo, es natural que nos dirijamos antes a los que conocemos que a los desconocidos, y llamando mucho la atención el nombre de los personajes ilustres, son más notorios que los otros.

Es también raro que los espíritus de hombres eminentes acudan familiarmente a la evocación y que se ocupen a veces de cosas menores en comparación con las que realizaron durante su vida. Pero nada admirable es esto para los que saben que el poder o consideración de los que disfrutaron en la Tierra no les da supremacía alguna en el mundo espiritista. Los espíritus confirman en este punto las siguientes palabras del Evangelio: Los grandes serán humillados y los pequeños ensalzados, lo cual debe entenderse del lugar que entre ellos ocupará cada uno de nosotros, y así es cómo el que fue primero en la Tierra puede encontrarse que es el último entre ellos, como aquel ante quien bajamos la cabeza durante su vida, puede venir a nosotros como el más humilde artesano, porque, al morir, dejó toda su grandeza; y como el más poderoso monarca, puede hallarse en puesto inferior al del último de sus vasallos.

XII

Tanto la observación de los fenómenos como los mismos espíritus han demostrado que los inferiores usurpan, a veces, nombres conocidos y respetados. ¿Quién puede, pues, asegurarnos que los que dicen haber sido Sócrates, Julio César, Carlomagno, Fénelon, Napoleón, Washington, etc. han animado realmente a estos personajes? Semejante duda asalta a ciertos adeptos muy fervientes de la doctrina espiritista, que admiten la intervención y manifestación de los espíritus, pero que se preguntan cómo se puede comprobar su presunta identidad. Esta comprobación es, efectivamente, difícil; pero si no puede conseguirse tan auténtica como la que resulta de un acta del estado civil, se puede obtener presuntiva, por lo menos, con arreglo a ciertos indicios.

Cuando el espíritu de alguien que conocemos personalmente se manifiesta, por ejemplo, el de un amigo o de un pariente, sobre todo si la muerte es reciente, suele ocurrir que su lenguaje está en perfecta relación con el carácter que sabemos que esta persona tenía. Este es ya un indicio de identidad. No es lícito dudar cuando el mismo espíritu habla de cosas

privadas y recuerda circunstancias de familia que solo son conocidas por el interlocutor. El hijo no se equivocará, seguramente, respecto al lenguaje de su padre y de su madre, ni estos respecto del de aquel. A veces suceden, en esta clase de evocaciones íntimas, cosas notabilísimas, capaces de convencer al más incrédulo. El escéptico más endurecido se ve a menudo aterrado por las revelaciones inesperadas que le hace el espíritu.

Otro elemento muy característico viene a apoyar la identidad. Se ha mencionado anteriormente que el tipo de letra del médium cambia generalmente según el espíritu evocado, y que la letra es la misma siempre que se presenta el mismo espíritu. Se ha notado muchas veces que, sobre todo en las personas muertas recientemente, con respecto a la evocación, el tipo de letra tiene una semejanza visible con el de la misma persona durante su vida, y se han obtenido firmas de exactitud perfecta. Estamos, sin embargo, muy lejos de dar este hecho como regla y mucho menos como constante; solo lo mencionamos como digno de notarse.

Únicamente los espíritus que han llegado a cierto grado de purificación están libres de las influencias corporales; pero hasta que no están completamente desmaterializados (esta es la expresión que ellos mismos emplean) conservan la mayor parte de las ideas, de las inclinaciones y hasta de las manías que tenían en la Tierra, lo cual es también una forma de reconocerlos. Sin embargo, estas características se encuentran, sobre todo, en una multitud de pormenores que solo la observación atenta y prolongada puede revelar. Se ven escritores discutiendo sus propias obras o doctrinas y aprobar o condenar parte de ellas, y otros espíritus recordar circunstancias ignoradas o poco conocidas de su vida o muerte, cosas que son, al menos, pruebas morales de identidad, únicas que pueden invocarse en punto a hechos abstractos.

Si, entonces, la identidad del espíritu evocado puede reconocer hasta cierto punto en algunos casos, no existe razón para que no ocurra lo mismo en otros, y si no se cuenta para las personas, cuya muerte es más remota, con las mismas herramientas de comprobación, se cuenta siempre con las del lenguaje y carácter; porque seguramente el espíritu de un hombre de bien no hablará como el de un perverso o depravado. En cuanto a los espíritus que se autodenominan con nombres respetables, rápidamente se traicionan por su lenguaje y por sus máximas, y, así el que, por ejemplo, se hace llamar Fénelon, si desmintiese, aunque

accidentalmente, el sentido común y la moral, evidenciaría así la mentira. Si los pensamientos que expone son, por el contrario, puros, no contradictorios y dignos del carácter de Fénelon, no existirán motivos para dudar de su identidad, pues de otro modo sería preciso suponer que un espíritu que solo el bien predica puede mentir conscientemente y sin provecho. La experiencia nos enseña que los espíritus del mismo grado, del mismo carácter y que están animados de los mismos sentimientos se reúnen en grupos y familias. No podemos calcular el número de espíritus que existen, y lejos estamos de conocerlos a todos, careciendo hasta de nombres para nosotros la mayor parte. Un espíritu del tipo de Fénelon puede venir, pues, en lugar de este, enviado a menudo por él mismo en calidad de mandatario. Se presenta con su nombre, porque le es idéntico y puede suplirlo, y porque es preciso un nombre para la fijación de nuestras ideas; pero ¿qué importa, para el resultado, que un espíritu sea o no sea realmente Fénelon? Desde el momento en que solo cosas buenas dice, y que habla como lo hubiese hecho el mismo Fénelon, es un espíritu bueno, y es indiferente el nombre con que se da a conocer, no siendo este más que un medio de fijar nuestras ideas. No ocurre lo mismo en las evocaciones íntimas, pues en estas, según hemos dicho, puede conocerse la identidad por pruebas en cierto modo manifiestas.

Por lo demás, es cierto que la sustitución de los espíritus puede dar lugar a gran cantidad de equivocaciones, resultando de ellas errores y a menudo mistificaciones. Esta es una de las dificultades del Espiritismo práctico, pero nunca hemos dicho que la ciencia espiritista fuese fácil, ni que se pueda llegar a ella bromeando, siendo en este punto igual a otra ciencia cualquiera. No podemos repetirlo lo suficiente: el Espiritismo requiere un estudio asiduo y a menudo vasto. No pudiendo provocar los hechos, es preciso esperar que por sí mismos se sucedan, y con frecuencia son provocados por las circunstancias menos esperadas. Para el observador atento y paciente abundan los hechos, porque descubre millares de matices característicos que son para él rayos luminosos. Lo mismo ocurre en las ciencias vulgares, pues mientras que el hombre superficial no ve de la flor más que la forma elegante, el sabio descubre tesoros para el pensamiento.